



asechanza á sus caudales, y desconfió de él, sobre todo porque era extranjero (1).

En esto el mayordomo del duque de Medina-Celi, que también tenía flota poderosa, habló á su señor del caso, y Colon fué llamado al Puerto de Santa María, donde le esperaba una franca y generosa hospitalidad en el palacio ducal. Simpatizó con Colon el de Medina-Celi, y entusiasmado con su grandeza de ánimo, y el atractivo de su conversacion, le mereció tal confianza, que mandó construir en seguida buques adecuados para un viaje de descubrimientos; pero en el momento de salir al mar, mudó de parecer, y temeroso de que aquella expedición hecha en su nombre, no infundiera sospechas á la reina, la escribió desde Rota, (2) solicitando su permiso. Agradeciéronle Isabel la deferencia, y le rogó cediera el armamento á la corona, que ella le reembolsaría al remate de la guerra de las sumas gastadas, y al par que le decía que no creía lo bastante en el éxito del negocio, como estaba decidida á ensayarle, le añadía que hiciera venir á la corte á Colon (4).

No bien hubo llegado, cuando con la delicadeza encantadora que la caracterizaba, lo confió la reina á don Alonso de Quintanilla, hombre que por su elevación de espíritu y de miras, y su celo religioso, era digno de tal huésped. Diversas ocasiones conversó con él S. A. acerca de su proyecto, asegurándole siempre que al concluir la campaña quedaría satisfecho; ¿pero cuándo se realizaría su promesa, si toda la morisma veía en Granada su último baluarte, que preparado de antemano para la defensa, ofrecía oponerla desesperada? ¿No era, pues, demorar la empresa de un modo indefinido, el aplazarla para cuando se acabase la lucha?

(1) Lopez de Gomara. *Historia de las Indias*. capítulo XV.

(2) «Escribió á su Alteza desde Rota y respondióme etc.» Documentos diplomáticos. núm. XIV.

(3) «Que no tenía este negocio por muy cierto; pero que si acertase que su Alteza me haría merced, etc.» *Carta fechada en Cogolludo*, á 19 de Marzo de 1493, por el duque de Medina-Celi al gran cardenal de España. Orij. en el Archivo de Simancas.

Al repasar en su mente las dilaciones, los desprecios, las burlas, las sospechas, las afrentas, los viajes, las antesalas que había sufrido en silencio; al ver que su vida se iba gastando laboriosa é infructuosamente para el cumplimiento de su obra, y temeroso de que España, sorda y ciega para sus propios intereses, é ingrata con su constancia, estuviera desheredada por la Providencia de las glorias que él la tenía destinadas, cesó de insistir, y con el corazón rebozando amargura se alejó de la corte, decidido á pasar á Francia acto continuo, para negociar con su rey, al que acababa de hacer una proposición.

Al salir de Lisboa, previendo que España no admitiría su ofrecimiento, y con el objeto de no perder el tiempo, envió Colon á su hermano Bartolomé para que tratara con el rey de Inglaterra en nombre suyo. Estaba desde entonces sin noticias de él, pero resolvió no proseguir lo que creía comenzado en Londres, sino en caso de no admitirlo el rey Cristianísimo.

Antes de abandonar á España, tal vez para siempre, quiso llevar á Córdoba al lado de su mujer á su primer hijo, que había quedado en poder del P. Marchena en el monasterio de la Rábida, y partió para el convento.

Oprimióse el corazón de Fr. Juan Perez, al ver de nuevo en la puerta del convento á su antiguo huésped, á su amigo, llevando en su semblante el sello del cansancio, del abatimiento y la pobreza, al cabo de una ausencia de seis años. Más dolorido quedó cuando supo que aquel grande hombre, harto de luchar con la indiferencia de los sabios y las temporizaciones de la corte, iba á dejar á España huérfana de sus ideas y á dotar con ellas á otro pueblo. Se conmovieron su amistad y su patriotismo; tembló por Castilla, al considerarla irremisiblemente privada de los laureles y de la prosperidad que le daría tal empresa, y rogó á Colon suspendiera su marcha, y reposara algun espacio en su celda. Marchena suplicaba á su hermano en Cristo, á su discípulo en San Francisco, y no podía quedar desatendido, además de que la soledad del claustro hacia bien al peregrino genovés, pues necesitaba recoger su es-



píritu, descansar de sus fatigas, elevando su alma á Dios, dar nuevo aliento á su esperanza, afirmarse más y más en su vocación, y beber en la fuente misteriosa, para soportar los desprecios que quizás en otra parte le aguardaran.

Hasta entonces el guardian de la Rábida había aceptado por simpatía y convicción preexistente los planes de Colon, juzgándolos por sí propio, sin influencia extraña; pero al detenerse á pensar que por dos veces la junta de cosmógrafos los calificó de quiméricos, su modestia le indujo á sospechar que podía haberse equivocado, tomando sus deseos por razones, y sus razones por la verdad, pero que la ciencia, libre de afectos y simpatías, negaba sus más caras ilusiones. Para salir de dudas deseó comparar con el de otro su parecer, y mandó venir de Pálos al médico García Hernandez, matemático y muy versado en geografía. Reuniéronse los tres en consulta, y como el parecer de García fué absolutamente igual al del sabio franciscano, y el proyecto pareció fundado y practicable (1), el guardian creyó llegada la hora de ponerlo en ejecución, y no de suplicar ni discutir. Resolvió escribir á la reina, y para que la carta no corriese la suerte de la correspondencia confiada á secretarios, hacerla llegar á manos de S. A. por medio de una persona de su confianza. Por el ascendiente que tenía Fr. Juan Perez sobre los marinos del litoral, logró escoger, de acuerdo con García Hernandez, un mensajero que pudiera en caso de necesidad servir también de abogado, recayendo su elección en un piloto llamado Sebastian Rodriguez, hijo de una de las principales familias de Lepe, el cual por su tacto y cierta diplomacia supo anteriormente agenciarse amigos en la corte.

SS. AA. se hallaban á la sazón en un campamento que un siniestro acababa de trasfor-

(1) Equivocadamente los historiadores modernos y entre ellos Washington Irving, repetido con mucha ligereza por sus imitadores, han dicho que el marino de Pálos, Martin Alonso Pinzon, fué llamado al convento de la Rábida para esta discusión; pero resulta de documentos que hemos visto, que en aquella época estaba en Roma Martin Alonso. Colon no estuvo en relaciones con él hasta principio de Julio de 1492.

mar en ciudad. En la noche del 18 de Julio, habiéndose incendiado el pabellón de la reina, y de allí prendiéndose á las demás tiendas con gran contento de la morisma, Isabel, para probar su firme resolución de no levantar el sitio sino después de sometida Granada, ordenó que mampostería y madera reemplazaran á los frágiles y provisionales abrigos de sus tropas. Bajo la dirección de tal arquitecto levantó el ejército en poca semanas una verdadera ciudad en forma de cruz, y sin duda la mejor alineada de España. Los caballeros quisieron bautizar con el nombre de Isabel esta improvisación monumental de su ingenio atrevido; pero ella no lo permitió, sino que dispuso se la llamara Santa Fé, en consideración á su origen.

Con tacto obtuvo Rodriguez el favor de hacer llegar á manos de su soberana la misiva del P. Marchena, en que se reflejaban su celo por la gloria de Jesucristo, su patriotismo y su amor á la reina. Catorce días más tarde tornó á la Rábida, portador de un mensaje de S. A., dando gracias por sus buenos deseos á su antiguo confesor, invitándole para que á su recibo se pusiera en camino para la corte, y autorizándolo para prometer á Colon esperase otras nuevas mejores.

Estas palabras de la reina colmaron de júbilo á toda la comunidad, y Colon, no ménos gozoso, corrió á Moguer, para pedir prestada su mula á un tal Juan Cabezudo, para el guardian, que iba inmediatamente á Santa Fé. Cabezudo, que era amigo del P. Martin Sanchez, á su vez amigo de Colon, se la dió gustoso (1), y Fr. Juan Perez salió sin luz y en secreto del

(1) Esta circunstancia, comprobada por el mismo Cabezudo, nos manifiesta la pobreza del convento de la Rábida y pone más de relieve la generosidad de la familia franciscana para con Cristóbal Colon.—El protestante Washington Irving, creyendo que todos los monasterios son poderosos, y sus abades ricos, como los de las novelas de Walter Scott, dice, que al recibo de la carta «el buen fraile ensilló y se puso en marcha;» pero el pobre convento de la Rábida no tenía ni prados, ni mula, ni caballeriza, y solo con una bestia prestada fué con la que tuvo que hacer su atrevido viaje el P. Juan Perez. Sin duda Washington Irving ignoraba estos pequeños detalles. Véanse las piezas justificativas del pleito, probanzas del almirante, pregunta primera.



monasterio, un poco ántes de las doce de la noche, arrojando el peligro de tropezar con una emboscada, ó con los merodeadores. Atravesó sin temor las tierras enemigas, confiado en la Providencia, y llegó sin accidente alguno á su destino.

Para dar oídos á esta proposición en tales circunstancias, y volver de esta manera por sí sola á desenterrar un plan condenado por la junta científica, cuando la rodeaban tantos apuros pecuniarios, y vivía en la incertidumbre de lo que duraría la campaña, es preciso que la reina estuviera muy en su favor, como lo estaba en efecto.

Ninguno en mejor posición que el guardian de la Rábida para manifestar á la inteligente Isabel, la grandeza sublime de Cristóbal, porque no sólo podía discernir de su proyecto, sino que únicamente él tenía los datos para re-

velar la predestinación y santas intenciones del hombre que Dios le enviara en premio de su virtud para hacer eterna su gloriosa memoria. Quedó triunfante el franciscano, y la princesa, sin pensar más en la junta, y sin recordar otra cosa que los elogios que tributaban á Colon los dos Geraldinis, Mendoza, Deza, Quintanilla y Santangel, y confiando sobre todo en sus primeras impresiones, encargó al P. Marchena que lo llamaran sin tardanza. Mas como adivinase, previsora, su falta de dinero, y para que se equipase á su gusto y pudiera presentarse con cierto decoro en la corte, le hizo entregar veinte mil maravedís en florines de oro por mediación del alcalde de Pálos, Diego Prieto, que los envió con la carta del guardian á García Hernandez, para que los diera á Colon.

...y Colon tuvo que contentarse con ella. ... las autoridades de Pálos referentes á la expedición. Pánico de los marineros al tener noticia de que iba á emprenderse un viaje á la mar Tenebrosa. ...

CAPÍTULO XII.

Asiste Colon á la entrega de Granada.—Acepta por fin la reina su proyecto; pero sus consejeros la disuaden de que lo ponga por obra.—Parte Colon para Francia.—Isabel despacha un correo que lo conduce de nuevo á Granada.—Accede á todas sus demandas, y da órdenes á las autoridades de Pálos referentes á la expedición. Pánico de los marineros al tener noticia de que iba á emprenderse un viaje á la mar Tenebrosa.—Predicaciones náuticas del P. Marchena.—El celoso franciscano atrae á Colon los tres Pinzones, marinos ricos y experimentados.—Detalles circunstanciados de la expedición y su carácter religioso.—Salida de Colon con tres carabelas.

Cuando entró Colon en Santa Fé, como era imposible ocuparse de su proyecto, la reina lo confió al honrado D. Alonso de Quintanilla (1), su contador mayor, que recibió en ello gran contento.

La lucha de la cruz con la media luna tocaba á su fin, pues se hablaba de sediciones y combates en las calles de Granada, y de que pensaban capitular los moriscos. En efecto, poco tardó en rendirse la ciudad, teniendo lugar la entrega de los castillos á los comisarios de los reyes Católicos el viernes 30 de Diciembre de 1491, y el 2 de Enero próximo la presentación de las llaves por Boabdil el chico, á D. Fernando y doña Isabel.

Como esta guerra no era en concepto de la reina sino una peregrinación religiosa, no hizo inmediatamente su entrada en la plaza conquistada; porque primero queria rendir homenaje de su triunfo á Jesucristo. Fr. Hernando de Talavera, promovido á la silla de Granada, única que declaró aceptaria, tomó posesion de

la Alhambra, clavando en la torre de Comáres, destinada para las señales, el estandarte de la cruzada junto á la bandera real. Al ver brillar la cruz de plata sobre la ciudad musulmana, los reyes, los cortesanos y los soldados cayeron de hinojos, mientras los capellanes y coristas entonaban himnos en acción de gracias en medio de imponderable alegría. Despues toda la grandeza de Castilla saludó á Isabel como reina de Granada, y el viernes 6 de Enero, fiesta de la Epifania, hicieron SS. AA. su entrada en la Alhambra, á cuya puerta los recibió el arzoobispo, rodeado de numerosa clerecía.

Al cabo de una lid que contaba siete siglos de existencia, caía rota en pedazos la media luna, con general aplauso de la cristiandad. Juan de Estrada fué enviado en seguida á Roma en embajada extraordinaria, é hizo el viaje con tanta diligencia, que él mismo llevó la primera noticia del suceso al papa Inocencio VIII. El soberano pontífice, altamente reconocido al Señor de los ejércitos por su infinita bondad, dispuso entre otras cosas una procesion solemne en la iglesia de Santiago de los españoles, á la que asistió en persona con el sacro colegio, oficiando de pontifical; y en el sermón pronun-

(1) Carta al duque de Medina Celi, al gran cardenal de España, fechada en Cogolludo el 19 de marzo de 1493. Archivo de Simancas. Doc. diplom. núm. XIV.